

luz, iluminado por el estampido del cañón.

Pero este mutuo amor que los jóvenes de acuerdo se profesaban, era para los demás un secreto impenetrable.

La orgullosa descendiente de Peñaraja, no podía, sin deshonrarse, amar públicamente al humilde adevenedizo, que hasta ignoraba el nombre de sus padres.

Pero su amor podía más que su orgullo. Y le amaba.

Nada importa que el misterio envolviese los latidos de aquella pasión ardiente; el amor como el fuego destruye los obstáculos que le envuelven, y brilla al fin potente y aterrador.

¡Malditas preocupaciones, que tantos años han cerrado el camino de la redención del hombre!

¡El privilegio de las razas!

¿Quién más noble que el que por sus propios hechos se conquista un nombre glorioso?

En ninguna balanza de justicia pueden nunca pesar más los pergaminos que las buenas obras.

IV

Terminó al fin su relato D. Ramiro, y como fuese ya adelantada la noche y necesitase el viajero reposo á su jornada, dió la velada concluida el Conde, dejando para la próxima el tratar de lleno el asunto de la proyectada boda.

Las ligeras indicaciones que acerca de este asunto hiciese el viejo Conde, bastaron para llevar el sobresalto y la zozobra al corazón apenado de la doncella.

Al despedirse Ramiro de su prima, brilló en sus ojos una intensa mirada de lascivia.

Ramiro no amaba á Blanca, pero la deseaba.

No admiraba en ella el candor ni la virtud, sino la redondez y frescura de sus turgentes formas.

No buscaba las perfecciones del alma, sino las del cuerpo.

No la hermosura del espíritu, sino la de la materia.

No ansiaba las dulcísimas emociones del amor, sino las candentes sensualidades del deseo.

Su alma de cieno, solo aspiraba á revolcarse en el lodo.

Adamás, Ramiro, era ambicioso.

Blanca era para él el medio, el condado su fin.

Pero mientras el anciano señor del castillo viviese, era necesario respetar aquél lirio adorado, en tanto la ambición se colmaba, podía saciarse el deseo en el carnal deleite.

Blanca sería su esposa.

Ramiro sería conde.

Sus cálculos no necesitaban llegar más allá.

V

El viejo escudero, en una mano la gótica lámpara y en la otra la gamuza y el puñal, acompañó á don Ramiro hasta la estancia que le estaba destinada, y distraído sin duda, dejó sobre la mesa á un mismo tiempo la luz y el acero y salió para hacer la última ronda por los soberbios torreones del castillo.

El Conde despidió á su hija con el acostumbrado ósculo paternal, con tierno amor depositado sobre la tierna frente de la joven, y se retiró también á sus habitaciones.

Quedó solo en el ancho salón artesonado. Chisporroteaban en la chimenea los últimos restos del fuego, dejando poca luz y muchas sombras en la estancia, que se elevaban en formas caprichosas, remediando negros y fatídicos fantasmas.

Después oscuridad completa, silencio absoluto.

Los pasos á compas del centinela en la meseta del castillo y el eco triste, seco, igual y argentino del reloj que repite pausadamente doce campanadas.

Un ligero ruido en el mar, como si se rasgasen las olas agitadas para dar paso á un objeto que las cruza.

Una luz, cuyos rayos se escapan de la ventana de la cámara donde descansa la gentil doncella.

Un "alerta" repetido en varios tonos.

Silencio en el castillo, tinieblas en el espacio.

VI

Encerróse Blanca en su cámara.

Santuario poético de su pureza, situado en un ancho y broquelado terreno, que saliendo de la masa de piedra del castillo, parece fantasma de granito suspendido en el espacio, para desahar las iras del mar que ruje á sus pies.

Sola la hermosa niña en aquel ángulo saliente de la mansión señorial, próxima á perder el amado de su alma por un juramento no sentido, pero pronunciado en breve al pie de los altares, forzada su voluntad por la influencia de su padre, dió libre curso á sus lágrimas abrazadoras.

¡Lloras, castellana, lloras!

La dicha huye de tí, virgen cristiana, y se acerca el martirio entre las galas de la boda.

Que las cadenas del matrimonio, si son de

flores para el amor, son sin amor serro dogal que ahoga.

Héndiendo los aires que acaricia melódiosos una voz dulce acompañada del land sonoro, llega hasta la hermosa castellana, despertando en su corazón delicias inefables.

Es la trova enamorada de su galán preferido.

Es el eco de amor, que á un dolor responde con esperanza de diosa.

Es él.

El valiente adalid, el león que dominó su cariño.

Sobre débil barquilla que se agita mudable al embate encontrado de las olas, flota en los aires su blanco tabardo, y bajo él los rayos de la luna se quiebran sobre el luciente arnés, produciendo vivísimos fulgores.

Acércase la niña ruborosa á la ojival ventana y en ella apoyada con dulce languidez oye las últimas estrofas de la trova, que así dicen:

Oye castellana hermosa,
de mi canción amorosa,
blando eco,
que eco formando á mi acento,
repiten el mar y el viento:
"Yo te adoro."

En fragancia deleitosa
vuela la brisa á la diosa
que enamoro.
Escuchála con ternura
y verás como murmura:
"Yo te adoro."

Del fondo del pecho mío
regado suspiro envío
con mi lloro.
Déjale entrar en tu nido,
que él murmura á tu oído:
"Yo te adoro."

Despierta y el lecho deja,
acude niña á tu reja
sin desdoro.
Galán que ha de bendecirte,
te espera para decirte:
"Yo te adoro."

Callóla voz.

Y el eco repitiendo la última frase de la cantinela se perdió entre las sombras de la noche, blando y armonioso como el suspiro de doncella enamorada.

Largo rato permaneció la gentil castellana, inmóvil y como adormida al arrullo de aquel canto de amor, vertiendo dulces lágrimas de dicha.

¡Sueño delicioso de la ilusión enamorada!

Al fin acercóse la niña á la ojival ventana y agitó al aire su pañuelo como en señal de cariñosa despedida.

Salta entonces el galán de la barquilla y agarrándose enojado en la maleza que crece selvática entre las grietas del muro trepa temerariamente, exponiendo mil veces la vida en cada movimiento, y llega en breve á la ojival ventana, donde su amada le espera temblando como hoja agitada por el vendaval, á cada peligro que su audaz amante arrostra.

Y allí, en el dintel de la ventana, iluminados por un rayo pálido de la blanca luna, sus cuerpos se confunden en un abrazo rozan suavemente sus labios, perdiéndose entre la mansa brisa de la noche el eco arrobador de un dulce beso.

Galán es el doncel y hermosa la castellana.

Nacieron sin duda el uno para el otro, que en ambos brilla la misma noble é intensa mirada que rebosa ternura y pasión.

Enlazadas las manos de ambos amantes, penetran en la estancia perfumada que débilmente ilumina férrea lámpara del techo dibujado colgada.

Siéntase ella en ancho sillón, en cuyo respaldo apóyase lánguidamente, mientras con los dedos nacarados desriza los flotantes bucles de la hermosa cabellera del doncel, que á sus pies, tendido sobre el blando cogín adamascado, apoya la cabeza en el regazo puro de la bella.

Juramentos de amor, sueños del alma se escapan en tropel precipitado de los labios ardientes del galán para confundirse en celestial sonrisa complaciente de la hermosa.

Dulces promesas que tal vez no le sea dable realizar.

Porque D. Ramiro está en el castillo y las dispensas del Papa en el camino de Roma. Lloras triste la castellana gentil al recordarlo.

Bebe amante sus lágrimas el doncel gallardo, que es el llanto por el amor vertido nectar de dioses que refresca el alma y enciende la sangre.

Y juntos miran espantados el tenebroso abismo que va á levantar ante ellos un juramento sacrilego.

Sacrilego, sí, porque la doncella no puede jurar ante Dios una pasión que no siente, no puede ofrecer un corazón que no la pertenece.

Y sin embargo será forzoso.

¿Quién resiste al mandato solemne del imperioso castellano?

(Continuará.)

LA IMPRENTA

A mi estimado amigo, el distinguido médico

colombiano

DR. DN. MANUEL MORA.

I

Cuando ejerce el Deber su poderío
En las masas sensatas y morales,—
Cuando corre entre pródigos canales
Que impiden su desborde y extravío.

La Prensa, entonces, es copioso río
Cuyos frescos proflucos raudales
A los campos incultos ó estériles
Dan vida, en el invierno y el estío

A su benigno influjo, en sus riberas
Lozana esparce la salud sus dones;
Cubren las mieses montes y praderas;

Acreece el bienestar las poblaciones;
Y cosecha de bienes, placenteras
Recogen y atesoran las Naciones.

II

Mas si rompen sus ondas desbordadas
Los diques de principios y creencias;
Si difunden la muerte en las conciencias,
Por el Mal y el Error emponzoñadas;

Entonces, corrompidas y estancadas,
Germen sus aguas son de pestilencias
Que destruyen millares de existencias
En las tristes campiñas anegadas....

Pronto de la Nación los campos yermos,
Bajo la bruma de mortales miasmas
Que entolda y oscurece su horizonte,

Sólo ensierra cadáveres, ó enfermos
Semejantes á lívidos fantasmas
De las fúnebres playas de Aqueronte!...

III

Cada vez que con su hálito malsano
Ciénaga impura una ciudad infesta,
¿Qué hace la Edilidad? Con mano presta
Desecar el miasmático pantano:

Así de la Nación el soberano,
A despecho de hipócrita protesta,
De las almas la ciénaga funesta
Debe cegar con providente mano;

Pretensión fuera de un malvado ó loco,
Dejar abierto de la muerte el foco
Por perseguir fantástica quimera:

De la Nación en el peligro extremo,
Del Mandatario es el deber supremo,
Salvar del Morbo á la Nación entera!

NUMA P. LLONA.

Junio de 1891.

RECORTES.

LA MÚSICA COMO REMEDIO.

Tarde ó temprano nos convenceremos, por experiencia propia, que el dolor y la pena dependen en gran parte de nuestra actitud mental. Esta idea, vana si se descuida, progresa por la observación, pero se olvida con frecuencia, si una fuerza extraña la ataca de un modo repulsivo. Es por consecuencia claro que debemos examinar la anestesia del hipnotismo y los suaves efectos de la armonía de los sonidos.

Desde este punto de vista, considerada como un calmante, la música, posee cualidades especiales como remedio en las enfermedades. Los egipcios, los indios, los griegos y los romanos apelaron á su vez á este medio de *vis medicatrix*, y no podemos dudar de su buena procedencia. A duras penas á lo anterior podrían hacerse comentarios, porque la misma atracción de la melodía ha sido acreditada en nuestros días como poseedora de propiedades curativas. Una de las más brillantes razones en la materia es el gusto con que se aplaude la música. Todo se refiere al dolor sentido antes que se produzca la enfermedad. Esto último es el control de simples fuerzas neuróticas.

Lo que el refinamiento de los cam-

bios moleculares combinados con la anestesia puede producir, prontamente no necesita demostración.

Cualquiera que sea su naturaleza, no obstante la opinión que tengamos de los efectos medicinales de la música en las enfermedades, debemos tenerla como anafística, pues los experimentos hechos hasta hoy acaso no son del todo sin valor para los practicantes contemporáneos.

NUEVO SISTEMA

DE TELEGRAFÍA ÓPTICA.

Se ha inventado un nuevo sistema de Telegrafía óptica por el sabio francés La Cour. Consiste en la interrupción de los rayos de luz, lo que permite recibir y transmitir señales como en los despachos ordinarios. La transmisión se efectúa por medio de focos luminosos, refractados á través de prismas, y cambiados á su salida en rayos colorantes. El espectro obtenido á la llegada de las señales queda alternado con bandas negras correspondientes á los rayos absorbidos á su salida.

El foco luminoso puede construirse de modo que emite el alfabeto de Morse, y por una treta especial se modifica la luz emitida después de cada señal. La transmisión de las señales se hace con gran rapidez. Se pueden despachar con una sola lámpara cuatro ó cinco señales á la vez y con la misma propiedad, durante la noche, que con el sistema de banderas por el día.

ESTADOS UNIDOS.

Un banquete de carne humana.

Comunican al *Times* desde Washington que se halla muy sobresaltada la población negra de Georgia á consecuencia de los incidentes siguientes:

Ultimamente volvía á Washington, después de larga ausencia, un negro, y sus amigos quisieron celebrar su regreso con una comida, encargándola en una hospedería, que estaba á cargo de una mujer.

Verificóse la comida, compuesta toda de carne de vaca, reinando gran animación. Uno de los convidados dirigió á la fondista expresivos cumplimientos. Lo que habían comido les pareció excelente.

—¿De donde ha sacado usted esta carne tan tierna?—le preguntaron.

Un niño que se hallaba presente respondió:

—Se han comido ustedes á mi hermana.

Entonces el niño, que era hijo de la dueña del fonducho, contó una historia horrible.

Aquella despiadada mujer había matado á su hija mayor, y con su cuerpo coleccionó la comida de los negros.

La exasperación de éstos fué espantosa. Se apoderaron de la fondista y llamaron á un médico para que examinara los huesos del festín; el médico confirmó que eran huesos de un ser humano.

Avisada la policía, fué la infame mujer detenida; pero niega su delito, no obstante que no se encuentra por ninguna parte á su hija mayor.

LA PIEL DE COCODRILO.

La caza encarnizada que se hace en América á los aligatores de la Florida y de la Luisiana ha reducido mucho el número de estos gigantes saurios, medianamente simpáticos por su estupidez, su glotonería sin rival y su ferocidad extraordinaria.